

Cuántas despedidas habrán escuchado estas paredes... Pero ésta es la nuestra, ésta es nuestra despedida.

Unos nos quedamos, otros nos vamos.

La cuestión: mi intención va a ser que hagamos un 'tour' por la mente, un viaje de lo que hemos vivido aquí... porque ya no somos unos enanos.

La jaula, las peluquerías que hacíamos con nuestras bolsitas de aseo, las ansias por dejar la mochila en la fila el primero, el torito en alto, los partidos de fútbol, el tamagotxi, los cromos, el Messenger, el Tuenti, los «Negativo, oiga»...

Todo esto queda en nuestro recuerdo con mucha nostalgia, pero en la balanza nos puede más la ilusión, las ganas de descubrir, de saber, de seguir adelante. Porque, chicos, algo que aprendimos en 1º fue que ya no estábamos en Disney World, que estábamos en Afganistán y que ni se nos ocurra acercarnos a una anciana que dice tener en la cesta manzanas, porque tiene granadas... Ay.

Lo cierto es que... No sabría explicarlo, es decir, miraos y decidme si no veis a un hermano o a una hermana a vuestro lado: hemos crecido y vivido juntos demasiados momentos, tanto alegres como tristes, pero todos han merecido la pena, desde los más insignificantes hasta los más valorados.

Los «Buenos días» y la oración de la mañana, un «Tranquilo, sé que puedes» antes de empezar un examen, un trozo de almuerzo, una sonrisa, una zancadilla; escándalo, seriedad, risas, broncas, cachondeo en las clases; profesores que valen oro y no lo digo por hacer la pelota, de qué me serviría a estas alturas.

Apoyos, palmaditas en la espalda que te ayudan a continuar.

Hemos sido muy impertinentes desde que empezamos: «Déjame la goma», «Déjame el sacapuntas», «Déjame el color azul». Continuamos con: «Déjame la regla», «Déjame el boli», «Déjame el compas». Y seguimos con: «Déjame la calculadora», «Déjame el tippex» o con un sutil «Déjame los deberes».

Estamos andando durante 16 años por este camino, en el cual vagamos perdidos -o, al menos, la mayoría- respecto a lo que queremos llegar a ser. Pero con cada paso que damos, con cada decisión que tomamos vemos más claras las señales para encontrar nuestro destino.

Unos, desde pequeños, ya sabían que de mayores iban a ser policías, médicos, cantantes o artistas, algunos pocos -que yo recuerde- querían ser millonarios, jubilados o presidentes del gobierno; los restantes, ahí vamos, cada día nos ronda una idea diferente en la cabeza, pero del mismo estilo: ciencias o letras. Estos caminos nos irán distanciando ¿Pero, en serio vamos a permitir que por esa razón salgamos de la vida de nuestros compañeros?

Hemos forjado algo tan grande que, en vez de amistad, deberíamos llamarlo familia. Esto va a perdurar años y años, aunque sea en la mente. Cuando seamos adultos y echemos la vista atrás, recordaremos nuestra infancia, nuestra etapa de adolescencia. Vendrá, como una bala, la imagen del chico o la chica que nos gustaba, de aquel profesor que, por mucho que nos esforzáramos, no había manera de aprobar su asignatura, de aquellos días de colegio en los que jugábamos a las palmas y al 'Por mí', que jugábamos con la pelota, con las peonzas y con la comba.

Cada curso que ha pasado nos ha hecho sentir más importantes por ir siendo los más mayores del recreo, pero lo que no teníamos tan claro era que, al año siguiente, volveríamos a ser unos duendecillos en un territorio de gigantes.

Recordaremos miles de anécdotas de los viajes a las granjas escuela, a la nieve (que por cierto, me viene ahora mismo a la cabeza la de aquella niña que se rompió el brazo al día siguiente de llegar allí...) Del viaje a Roma, de las acampadas. Recordaremos los bailes y las verbenas.

Y creedme si os digo que también recordaremos y echaremos en falta nuestro querido uniforme. Ahora bien, qué me decís de los amigos invisibles, de la 'Orquesta Alegría', de las cartas de Navidad, las oraciones y de las canciones -no me voy a poner a cantar aquí, porque me emocionaré- ¡Pero quién no recuerda a Emilio cantando aquellas cancioncitas con su guitarra! [...] Y ya que estamos, quién va a olvidar esto: «¡Uhhh! ¡Color rosa! ¡Quita, quita!», «Amonestació, oiga», «Nene; nena», «Venga, chicos, vamos adelantando resúmenes», «Justo», «Calleu» o «Espera, espera, espera, espera, espera, espera, espera... Ara».

Mis queridos profesores, no os molestéis, sino todo lo contrario. Nos habéis calado. Sería muy largo ir mencionando todos los profesores que hemos tenido, pero que sepáis que estáis en nosotros.

Un honor, San Pedro Pascual.

Bea Ojeda Carrión.